

Hoy, ante la deplorable situación en la que se encuentra la elefanta Susi, pienso en 11 años atrás, concretamente en el 28 de febrero de 2008, cuando acompañaba, como maestra de la escuela de Cadaqués, a los alumnos de Ciclo Medio (8-10 años) en una visita al Zoo de Barcelona.

Si bien la visita tenía varios objetivos educativos que completarían los conocimientos adquiridos en el aula (observar diferentes animales vertebrados, distinguir la clasificación de los animales, diferenciar los animales domésticos de los salvajes y los animales salvajes de los cautivos, observar las condiciones de vida de los animales salvajes en cautividad e identificar estereotipias en éstos, entre otros), nos encontramos con un hecho del todo imprevisible, impactante y absolutamente lamentable.

Llegamos pronto al zoo donde nos esperaba Irene, una joven estudiante de veterinaria que nos acompañó durante la visita y atendió nuestras dudas. Los niños avanzaban ansiosos a los maestros, parecía que les faltaba tiempo para ver todo. De pronto regresaron nerviosos hacia nosotros, preocupados e inquietos, y nos preguntaron "¿Es de verdad o de mentira?". No entendíamos a qué se referían hasta que aclararon que hablaban de uno de los dos elefantes del recinto. A lo que nuestra respuesta inmediata fue "¡Pues claro que es real si nos encontramos en un zoo, un espacio donde se exhiben animales vivos! Los alumnos nos insistían "¡Pero es que no lo parece! ¡No se mueve!". Fue entonces cuando nos acercamos y también los adultos quedamos atónitos: en el limitado recinto había un elefante totalmente inmóvil con la pata trasera izquierda flexionada hacia atrás. Esa imagen era tan inverosímil que realmente parecía una escultura maciza de piedra. El otro elefante estaba agitado y no paraba de moverse: se le veía inquieto y muy alterado. Intentando averiguar qué es lo que pasaba, observamos cuatro dardos tranquilizantes, sedantes o inmovilizantes clavados entre el muslo derecho y la espalda del elefante petrificado. Todo aparentaba a que había sido sedado. La escena resultaba dura, muy dura: Su larga trompa totalmente desplomada hasta el suelo, su boca colmada de babas, sus grandes orejas hacia atrás pegadas al cuerpo, su pata izquierda flexionada como a medio paso, los dardos en lo más alto del muslo de su pata trasera derecha y en sus tristes ojos de largas y enormes pestañas, una mirada totalmente perdida. Su compañera de recinto intentaba ayudarle pero no sabía cómo, iba y venía con movimientos rápidos y bruscos, de vez en cuando parecía que quería coger agua con la trompa, a lo mejor para echársela o darle de beber, aunque no llegó a hacerlo... Tal vez fuera porque el agua, como vimos, estaba terriblemente sucia. Todos nosotros vimos cuando en un movimiento desesperado intentó quitarle los dardos. No lo consiguió, le era imposible agarrarlos con su enorme trompa. Nos percatamos de la dureza extrema de la situación que estaban testimoniando los niños, así que nos dispusimos a alejarlos del lugar. Nos costó trabajo y esfuerzo sacar a los alumnos de allí: lo conseguimos con la promesa de volver más tarde y de preguntar al zoo por lo ocurrido. Aunque eso luego fue imposible: a la vuelta, el recinto estaba totalmente protegido de cualquier mirada por

unas grandes lonas que lo tapaban todo. De parte del zoo, ningún cartel ni explicación alguna.

No fue hasta días después, y por la prensa escrita, que nos enteramos de lo que realmente había ocurrido al elefante, de su nombre y de su trágica historia. Alumnos y maestros lamentamos juntos su fallecimiento.

El claustro valoró que no volveríamos al zoo: no colaboraríamos en mantener este tipo de instalaciones, obsoletas, sin condiciones, dónde los animales apenas tenían agua, y mucho menos limpia. Dónde sus tristes miradas nos lo decían todo, sin necesitar palabras.

Fue una visita que dejó una marcada huella a todos los que allí estuvimos, sumiéndonos en una tristeza inmensa. Desde entonces sigo preguntándome a diario: ¿Qué sentido tiene la mera existencia de los zoológicos? ¿Cómo la moderna y cosmopolita ciudad de Barcelona permite que siga existiendo y prolongando su actividad en dichas condiciones? Realmente hay todavía una gran carencia de empatía interespecie en las sociedades más civilizadas. Sin embargo, nuestros alumnos demostraron no carecer en modo alguno de ella. Esto fue, tal vez, la única alegría de esa tan desafortunada jornada y aún más dramático desenlace.

Durante ese curso estuvimos realizando un profundo trabajo emocional y dicha experiencia hizo brotar de forma natural en los alumnos una maravillosa empatía hacia la indefensión animal. Que cada catástrofe sirva, al menos, para el crecimiento, el aprendizaje, la mejora y, si bien la enmienda ya nunca será posible, sí la reforma social.

Hoy, 11 años más tarde, seguimos sin plantear ninguna otra visita al zoo.

Àngels Pomés Comas

Maestra de Educación Primaria de l'Escola Caritat Serinyana de Cadaqués.